

El espejo veneciano

Carlos permanecía inmóvil frente al espejo. Lo observaba atentamente. Admiraba su belleza con devoción. Habían utilizado estaño, creía. No iba a ser un trabajo fácil pero, estaba seguro, quedaría bien. Al menos, bastante aceptable. Al fin y al cabo, Carlos no era un profesional en esto.

Luisa andaba de un lado a otro de la sala, agitada. Pasó entre el hombre y el espejo dos veces y él no se inmutó. Recogió una chaqueta que había tirada en el sofá, colocó una silla que no estaba en su sitio, ahuecó los cojines del sillón, corrió las cortinas... Carlos seguía frente a él, a veces con los ojos entrecerrados, buscando imperfecciones.

Luisa desapareció tras la puerta unos minutos. Se oyeron pasos apresurados subiendo la escalera. Silencio. Luego un portazo y unos zapatos de tacón que se acercaban pausadamente. Ella entró en la sala y se colocó frente al espejo, junto a su novio.

- Listo. ¿Te vienes?

Carlos no se volvió a mirarla.

- Creo que me llevará algo de tiempo restaurarlo. No sé si dispongo del material necesario...

Luisa le dio un codazo suave en las costillas.

- ¡Eh! Que si te vienes, digo. Deja un momento el dichoso espejo y hazme caso. Ya empiezo a estar celosa.

Él salió del trance y se volvió hacia su amada sonriente.

- Lo siento, cielo. Es que me tiene hipnotizado. Ha sido el mejor regalo que me han

hecho. De verdad. Muchas gracias.

- No me las des. Ya me estoy arrepintiendo. Llevas dos días sin dejar de mirarlo fijamente y, a mí, ni caso. No sé qué tiene él que no tenga yo.

Luisa se revolvió mimosa pegándose a él. Carlos la recogió en sus brazos y le besó divertido en la frente. La estrujó contra su pecho. Era mucho más grande que ella y se perdía menuda en sus brazos. La apartó un poco y dijo señalando el marco:

- Mira. El pan de oro está en buen estado. Quizá sólo tenga que tocar un poco el cristal... No estoy seguro de que hayan utilizado estaño... No sé... Empezaré a pulirlo un poco, a ver si consigo que se refleje tu precioso cuerpo.
- Qué bobo. Bueno, pesado, yo me voy. Tú haz lo que quieras. Si prefieres quedarte aquí encerrado con tu espejito mágico, me parece bien. Pero yo no puedo descuidar tanto mi vida social.
- Yo me quedo. Me voy a poner manos a la obra ahora mismo.
- Vale. Esta noche llegaré tarde. No me esperes despierto. Te quiero.

Luisa se puso de puntillas y le besó en los labios. Él le correspondió, aunque distraído, con la mirada en el deficiente reflejo que le devolvía el espejo. Oyó como la puerta de entrada se cerraba y fue a buscar el material necesario para empezar el trabajo.

No tardó en volver. Se plantó de nuevo frente a él. Un espejo veneciano de finales del siglo XIX. El marco, sin ornamentos pero cubierto con pan de oro, alcanzaba unas dimensiones de dos metros por uno. No era usual encontrar espejos de este tamaño. Luisa lo había visto en una tienda de antigüedades hacía tres meses. Intentó comprarlo en varias ocasiones, convencida de que sería el regalo perfecto para el cumpleaños de Carlos. Su afición por la restauración de trastos viejos, como ella decía, iba en aumento. El propietario se negó en

rotundo a venderlo, a pesar de que Luisa le ofreció una gran suma de dinero. Insistió durante unas semanas, pero se dio por vencida ante tanta negativa. Parecía que a ese hombre le fuera la vida en conservar el espejo.

Inesperadamente, después de dos meses aproximadamente, recibió una llamada de esa misma tienda. Una mujer le preguntó si seguía interesada en ese “horrible” espejo. Luisa, a sólo un par de días del cumpleaños de su novio, agradeció su suerte y aceptó gustosa el ofrecimiento. La mujer casi le suplicó que se lo llevara, le haría un buen precio. Ella se interesó por el anticuario, parecía no querer separarse del objeto. La señora se extrañó ante tal pregunta y le dijo que jamás había trabajado un hombre allí. Llevaba el negocio ella sola. Luisa no entendía nada, pero ya tenía el regalo perfecto para su novio y a un precio irrisorio. Se sintió satisfecha y no dio más vueltas al asunto.

Carlos dejó la caja con el material de trabajo en el suelo y se quedó ensimismado de nuevo enfrente del espejo. Apenas reflejaba su silueta y podía distinguir los colores de su ropa. Decidió limpiarlo concienzudamente antes de tocar nada más. A veces, una buena limpieza era suficiente. Sacó un trapo y metió una esquina en una lata de metal que desprendía un fuerte olor. Extendió una capa de pasta verdosa por todo el espejo. Le llevó tiempo, dado el tamaño de éste, pero finalmente lo cubrió por completo. Ya hacía una hora que había empezado a anochecer, pero Carlos estaba absorto en su trabajo y apenas se dio cuenta de ello. Entornaba los ojos adecuándolos a la oscuridad. Pasó un paño de algodón retirando la pasta. Su reflejo en el espejo iba ganando nitidez. Sonreía satisfecho.

Pasaba el tiempo sin que diera cuenta de ello. Frotaba y frotaba con brío, ansioso por ver el

resultado. La habitación estaba en penumbra. A través de las cortinas entraba la luz pálida de una farola. Le dolían los brazos. Tenía la garganta seca y la respiración agitada. Se volvió para ir a la cocina por algo de beber. Pero se sorprendió diciéndose así mismo, “¿Dónde vas? No puedes dejarme así”. Paró en seco de nuevo frente al espejo. No había soltado aún el paño de algodón. Se lanzó contra el cristal y frotó. Con vigor. Sudor frío caía por su frente. Su cabeza estaba completamente embotada. Sentía los ojos como puñales que se clavaban en las sienes. Y frotaba y frotaba.

De repente, vislumbró algo dentro. Un reflejo tenue, color marfil. Pasó el trapo, suavemente y despacio. Adquiría nitidez. Carlos se impacientó. Restregó sin delicadeza. Parecía querer atravesar la superficie. Apenas veía. Se restregó los ojos y se apartó. Las manos le temblaban. Quiso salir corriendo ante semejante visión. Las piernas no le respondían. El reflejo había adquirido la forma de un esqueleto. Se sintió extrañamente liviano.

Intentó tranquilizarse respirando profundo. Sin duda, era más que un espejo. Quizá una pintura escondida en la base de estaño. Por primera vez se dio cuenta de que estaba a oscuras. Se tranquilizó y rió por dentro. Jugadas de la imaginación. Se volvió hacia el interruptor. Y no pudo moverse. Otra vez esa voz que salía de sí mismo y, al tiempo, de un lugar desconocido. “¿Dónde vas? No puedes dejarme así”. Apretó con fuerza las mandíbulas y se abalanzó sobre el cristal. Y frotó y frotó.

Las lágrimas caían por sus mejillas. El corazón palpitaba con fuerza y las extremidades en tensión dolían. Arriba y abajo. El paño parecía querer atravesar el espejo. Carlos frotaba

furioso. Rechinaba los dientes con fuerza. Y, entonces, otro reflejo tenue, de color carmín. Se detuvo extenuado y se separó de nuevo. Tapó sus ojos con el trapo y calló de rodillas. Levantó de nuevo la vista. Una figura sin piel, arrodillada, le miraba desde el cristal con las cuencas de los ojos vacías. El terror invadió su cuerpo. Se arrastró por el suelo intentando huir. “¿Dónde vas? No puedes dejarme así”. Se sintió débil y el corazón dejó de latir en su pecho, para hacerlo dentro del espejo.

Con rabia golpeó el espejo. Una y otra vez. Los puños empezaron a sangrar. Se agarró desesperado al marco e intentó tirarlo al suelo, pero sus músculos apenas le respondían. Se pegó al cristal desesperado por recuperar los latidos de su corazón. Y de nuevo la oyó, “¿Qué haces? No puedes dejarme así”. Llorando desesperado se aferró al paño de algodón con las dos manos. Ya no era él el que guiaba sus acciones. Otra fuerza le arrastraba. Frotaba y frotaba. Frotó a la altura de los ojos y, entonces, perdió la vista. Gritó aterrado. Pero la oscuridad se alargó sólo unos segundos. De nuevo veía... aunque desde una perspectiva diferente. La sala seguía en penumbra, con la escasa iluminación robada de la farola callejera. El espejo había desaparecido. Volvió a sentirse fuerte. Quiso parpadear y no pudo. No tenía párpados. Se giró 180 grados y ahí estaban: sus párpados. Un hombre demacrado frente a él, con las cuencas de los ojos vacías y que apenas podía mantenerse en pie. Alargó la mano y se sorprendió al tropezar con una pantalla invisible. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Se miró las manos y soltó un alarido. Le invadió la furia. Lo quería todo. Golpeó la pantalla con fuerza y la atravesó. Tendió su mano despellejada al hombre que yacía ciego y suplicante al otro lado, y gritó. “¿Qué haces! ¡No puedes dejarme así! ¡Devuélveme mi piel!”. Estiró el brazo tanto como pudo sintiendo un punzante dolor y agarró el cuerpo del moribundo trayéndolo hacia sí.

Se completó al otro lado del espejo, cuerpo y alma, y la angustia se apoderó de él. La luz volvió a su mente y disipó la obsesión. Estaba atrapado dentro. Ya nunca podría volver. Se acurrucó sobre el suelo y no dejó de llorar hasta que sus fluidos se secaron. Dejando un cuerpo acartonado e inerte sobre el reflejo de la habitación.

Luisa volvió de madrugada. Venía acompañada.

- Pasa al salón, que voy a por algo de vino.

Su acompañante encendió las luces y se sentó en una silla frente a un gran espejo que apenas le devolvía el reflejo.

- Veo que te gustan las antigüedades...

Luisa apareció en la habitación con dos copas y una botella de vino.

- ¿Qué dices?... Anda, ¿y esto?

Parecía muy sorprendida.

- Tú sabrás, es tu casa ¿no?
- Sí, claro. Pero no sé de dónde narices ha salido este trasto.
- Me habías dicho que vivías sola...
- Y vivo sola. No he compartido nunca piso con nadie... Mi hermano tiene llaves. Se habrá vuelto anticuario. Uno de sus innumerables aficiones, supongo. Bah. Mañana le llamo para que se lo lleve. Además, es horroroso. No sé como ha podido gustarle.
- Y encima, no funciona.

Luisa rió la gracia y se echó en sus brazos. Comenzaron a besarse y se olvidaron del vino.

Pancho